

De pedagogías, políticas y subjetividades: *recorridos y resistencias*

Trazos queer en la teoría de Freud

Lic. Acunzos, Roxana - FemGeS, CIFFyH. U.N.C.

Mgter. Ruiz, Sandra - FemGeS, CIFFyH. U.N.C.

Eje 6: Afecto y erotismo en las pedagogías de las sexualidades.

Palabras claves: cuerpo, sexualidades, subjetividades.

Introducción

El psicoanálisis, lejos de constituirse en una perspectiva clínica más, es un producto y una práctica en nuestra cultura en su dimensión social e histórica, que, a nuestro criterio produce efectos performativos en las subjetividades. Su discurso ha penetrado en casi todas las representaciones del siglo 20, especialmente en Argentina. Fundado a partir de un giro epistémico, el psicoanálisis ha devenido en un saber docto, ocupando un lugar relacional en las producciones teóricas contemporáneas, ya que es y ha sido una referencia indiscutible y muy discutida de los feminismos como de la teoría queer, entre otros discursos.

Queer refiere a una serie de teorías interpretativas de la sexualidad y sus prácticas, designa también una crítica de la cultura y alude a un tipo de movimiento social de carácter reivindicatorio, que nace en la década de los 80.

Partimos de la idea de que, tanto el psicoanálisis como la teoría queer, en nuestra actualidad, son instrumentos parciales para asir lo pensable y lo decible sobre cuerpos, sexualidades, deseos, sujetos y subjetividades. Si bien tradicionalmente, se entiende el término "teoría" como un corpus de conocimiento articulado de forma sistemática para explicar un determinado objeto de estudio, consideramos que ambas teorías -psicoanálisis y teoría queer- se caracterizan por ser especulativas, no sistemáticas, e incluso contradictorias, lo cual las hace factible de diversas lecturas, como también hace que permanezcan abiertas, con discusiones y posiciones diferentes al interior de cada una de éstas.

En virtud del giro epistémico, Freud produce su mayor descubrimiento: el "inconsciente", a partir del cual, el sujeto deja de estar centrado en la consciencia -lugar epistémico de la psicología- y pasa a ser un sujeto descentrado de sí mismo. Allí, Freud inaugura un nuevo paradigma, distanciándose de los cuerpos teóricos ortodoxos tanto de la medicina-biología como del saber psi. En ese nuevo marco de conocimiento, realiza otro aporte: su teoría sobre la sexualidad. Una sexualidad de "pulsiones parciales", "polimorfa", "autoerótica" y sin normas. Una sexualidad no determinada por la biología, por lo tanto, no reproductiva ni genital. En otras palabras, el inconsciente y la sexualidad son las contribuciones más relevantes al conocimiento que se traman desde el inicio de su obra hasta los últimos escritos.

La subversión del descubrimiento freudiano radicó en la importante operación de apartar la pulsión sexual del orden biológico. Dicha acción alcanzó a toda sexualidad, inclusive a la heterosexualidad, instalada como modelo hegemónico, al plantear que "(...) ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento (...)" (Freud; 1905:132). Es así, que la sexualidad humana deja de ser obvia para devenir en un lugar de complejidad y de desencuentro con los otros y consigo mismo.

En los años 70 y 80, en la escena del feminismo, algunas autoras lesbianas inician una crítica del discurso heterocentrado y de la noción de mujer. Ellas serán clave en la aparición de la teoría queer, nacida en Estados Unidos como una teoría postmoderna. Sus exponentes más destacadas son Judith Butler, Eve Sedgwick Kosofsky, Donna Haraway y Teresa de Lauretis, quienes llevaron a cabo una des-ontologización de las políticas de las identidades, cuestionando las operaciones discursivas constructoras de una normalidad sexual que obliga a los cuerpos a ser inteligibles bajo un modelo restrictivo.

En esta ponencia, el término “trazo” es utilizado de acuerdo a la acepción otorgada por María Moliner. Según esta autora, dicha palabra hace referencia al hecho de “exponer (...) por escrito una cosa para que sea apreciada por otros, como si se dibujase ante ellos. Son líneas (...) que constituyen la forma o aspecto de una cosa percibida con la vista”. (1998:1379). El trazo es esa primera delineación con que se forma el diseño de una cosa. Los trazos, en este sentido, son borradores o ideas tentativas, que se irán corrigiendo y perfeccionando con el tiempo, estableciendo la forma básica de la superficie. Es una línea o tal vez, una simple raya. Es también la forma de la letra manuscrita o apenas la línea que constituye esa forma o el contorno de algo.

Nuestra intención para esta ponencia es trabajar algunos pasajes realizados por el fundador del psicoanálisis a lo largo de su vasta obra en lo referente a la sexualidad, que a nuestro criterio, son piezas fundamentales para comprender lo que hoy puede ser leído como posibles trazos “queer” en la teoría freudiana.

Letras queer en Freud

1-Pasaje del cuerpo de la biología al cuerpo del psicoanálisis

En la primera época de Freud, aún bajo la influencia del saber anátomo-fisiológico, el organismo es pensado bajo la lógica de esa lente. Mientras que, desde 1905 en adelante, con la teoría de la “libido”¹ y la concepción de las “zonas erógenas”, el organismo y el cuerpo pasan a estar en relación a la sexualidad y al inconsciente.

El cuerpo pierde así el estatuto biológico y aparece bajo otra lente, a partir del cual, organismo y cuerpo son ubicados en una misma superficie. En palabras de Freud, “(...) la piel que en determinados lugares del cuerpo se ha diferenciado en los órganos de los sentidos y se ha modificado hasta constituir una mucosa (...) la zona erógena por excelencia” (1905:152). Se podría decir, que Freud en este escrito, tuerce² doblemente la teoría cuando subvierte y advierte una concepción del cuerpo distinta: por un lado, desplaza el saber biológico - anatómico y a su vez, abandona toda idea que refiera a un adentro/afuera, interior/exterior en cuanto al organismo/cuerpo se trate. La “erogeneidad” es la propiedad que se extiende a cualquier parte del cuerpo, como además a todos los órganos y posibilita ubicar a éstos en una misma superficie.

1 Resulta complejo dar una definición de la libido, ya que esta teoría ha ido cambiando con las diferentes etapas de la teoría de las pulsiones. “Dado que la pulsión sexual representa una fuerza que ejerce un “empuje”, Freud define a la libido como la energía de esta pulsión. Este aspecto cuantitativo es el que prevalecerá en (...) la “teoría de la libido” (Laplanche y Pontalis; 1996:211).

2 Utilizamos a propósito la expresión “tuerce”, adhiriendo al sentido que Ricardo Llamas (1998) le da a teoría queer al traducirla al castellano por teoría torcida.

Por otra parte, cabe destacar que en la obra de Freud, encontramos diversos modos de definir al cuerpo: un cuerpo del autoerotismo, un cuerpo pulsional y un cuerpo-yo del narcisismo.

Dichos cuerpos responden a diferentes lógicas en su teoría; a la lógica del cuerpo fragmentado por las zonas erógenas, a la lógica pulsional de la satisfacción y a la del cuerpo-yo unificado por una imagen a partir del movimiento libidinal del narcisismo. Estos diferentes modos de abordar teóricamente al cuerpo se traman con la sexualidad y el inconsciente.

Ya al final de su obra, entre los años 1938 y 1940, en el *Esquema del psicoanálisis*, Freud enfatiza con mayor fuerza dicha idea de la piel como una zona erógena, al afirmar: “pero en verdad, el cuerpo íntegro es una zona erógena tal” (1938-1940:149).

2-Pasaje de una infancia asexual a una sexualidad infantil

Sin lugar a dudas, la histeria le abrió el camino a Freud para dar con los descubrimientos que expone en los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905); texto clave en el que desarrolla la existencia de la sexualidad infantil. Dicha sexualidad aparece como un plus de placer sobre la satisfacción de la pulsión de autoconservación que luego va diferenciándose paulatinamente de ésta. La sexualidad no es innata, ni está presente en el infante al nacer, sino que le viene del otro. Justamente, la intervención de ese otro adulto en la satisfacción de la necesidad del infante, permite entender los efectos de erogeneización del cuerpo del mismo.

Teresa de Lauretis asevera estas ideas, al sostener que:

La sexualidad es implantada en el recién nacido, el infante -un ser sin lenguaje (in-fans) e inicialmente sin yo- por las acciones necesarias del cuidado materno: alimentar, asear, tener en brazos, etcétera; acciones que son necesarias por la prematuridad del ser humano recién nacido, quien no puede sobrevivir sin una persona adulta (2015:111-112).

En *Tres ensayos*, Freud argumenta y sostiene algo central para comprender la sexualidad humana y es la disposición a las perversiones como disposición originaria de la pulsión sexual de los seres humanos. Esto quiere decir, que la sexualidad que comienza en la infancia es perversa, carácter que se va a preservar en la sexualidad adulta. Lo expresa de la siguiente manera:

En ningún hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término 'perversión' en un sentido peyorativo. Precisamente en los dominios de la vida sexual se tropieza con especiales dificultades, a veces insolubles, cuando se quiere establecer una frontera definitiva entre las simples variantes dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos (Freud; 1905:87).

El autor reformula la concepción de la sexualidad a la par de la “pulsión”. La pulsión es, especialmente, el concepto que le permite borrar cualquier determinismo natural o biológico que aún existiera en la concepción de la sexualidad. La pulsión -a diferencia del instinto- nunca queda satisfecha completamente, ya que no existe un objeto preciso para su satisfacción. En consecuencia, ese hecho no permite la posibilidad de establecer ningún tipo de normalidad sexual. Freud extiende el concepto de lo sexual deshaciendo el prejuicio que aunaba sexualidad y genitalidad, o sea que la extiende a otras partes del cuerpo, por lo cual multiplica y diversifica las posibilidades en cuanto al deseo. Silvia Tubert, psicoanalista encargada de la introducción de Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios de Jane Flax, argumenta que es justamente el deseo, “el que cuestiona la unidad del sujeto y, en consecuencia, cualquier identidad sexual unitaria y definitiva” (Flax; 1995:20).

3-Pasaje de zona histerógena a zona erógena

Freud abandona el uso de la expresión “zona histerógena”³ de la medicina y crea una nueva, por analogía, la de “zona erógena”. Mientras que la primera destacaba una alianza entre erogeneidad e histeria, la segunda rompe dicho acuerdo, posibilitando su aprehensión desde otro lugar y ya no desde lo propio de la histeria, al develar que las zonas erógenas están presentes en todas las formas clínicas. Si bien la zona erógena se trata de una región susceptible de ser asiento de una excitación de tipo sexual, Freud resignifica dicha expresión al extenderla a toda la superficie del cuerpo.

La teoría de las zonas erógenas, fue bosquejada por Freud en sus cartas a Fliess en los años 1896 y 1897 y apenas es modificada desde su publicación en los *Tres ensayos*. El autor señala en este texto, que lo primario en el cuerpo es el imperio de las “pulsiones parciales”, las cuales encuentran satisfacción de manera anárquica. No es un dato menor respaldar la idea según la cual las pulsiones parciales se mantienen activas durante toda la vida del sujeto y pueden ser, aún mucho más importantes que la genitalidad, la cual ha sido concebida por el sentido común como la zona que impera la sexualidad. Sabemos por Freud, que estas pulsiones pueden dirigirse a cualquier objeto y que las mismas se pueden satisfacer cada una por su cuenta, sin que su destino tenga nada que ver con la necesidad, siendo indiferentes a la diferencia sexual y básicamente autoeróticas.

Freud define a la erogeneidad como la “actividad por la cual un lugar del cuerpo envía a la vida anímica estímulos de excitación sexual” y zonas erógenas, a esos lugares del cuerpo que pueden (...) “subrogar a los genitales y comportarse de manera análoga a ellos” (1905:81).

4- Pasaje de la homosexualidad a la bisexualidad: de enfermedad a disposición.

En *Tres ensayos*, Freud desarrolla su teoría de la bisexualidad como disposición general de los seres humanos. Javier Saez, en su libro *Psicoanálisis y teoría queer*, nos advierte ya sobre la lectura de Freud de textos activistas, como la de Hirschfeld⁴:

Es curioso observar que en 1899 el propio Freud ya estaba al tanto de los textos de militantes homosexuales como Magnus Hirschfeld; quizá encontramos aquí el primer cruce entre los estudios gays y lesbianos y el psicoanálisis, por medio de la cita que hace Freud de un artículo de Hirschfeld para defender la disposición a la bisexualidad en todos los seres humanos (2004:25).

El fundador del psicoanálisis, no consideraba el deseo homosexual como una forma de enfermedad, sino como una disposición presente en la constitución sexual de todos los sujetos. Este concepto queda claro en una nueva nota al pie de página para la edición de 1915, de *Tres ensayos*, donde Freud, afirma lo siguiente:

La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos. En la medida en que estudia

³ Expresión en boga en los años 1886 -1888 para referir a aquellas regiones hipersensibles del cuerpo cuya estimulación desencadenaba el ataque histérico en términos de Charcot.

⁴ Magnus Hirschfeld (judío alemán, 1868 –1935) fue un famoso médico, sexólogo, defensor de los derechos de los homosexuales, identificado por el público con la campaña para la derogación del parágrafo 175 del código penal alemán vigente desde 1872 hasta 1994, el cual penaba las relaciones homosexuales entre personas de sexo masculino.

otras excitaciones sexuales, además de las que se dan a conocer de manera manifiesta, sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aún lo han consumado en el inconsciente (1905:132).

Para Freud, la homosexualidad es otra orientación posible más, tan problemática como cualquiera otra. En la *Carta a una madre americana* de 1935, Freud da cuenta de su posición frente a dicha orientación, de la siguiente manera:

No hay nada en ella [la homosexualidad] de la que debamos avergonzarnos, no es un vicio, ni una degradación y no se la puede calificar de enfermedad (...) Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como si fuera un crimen, es una crueldad⁵.

A partir de 1939, tras la muerte del creador del psicoanálisis, la práctica clínica que se lleva a cabo se distancia cada vez más de los conceptos originales de la obra freudiana.

5-Pasaje del binomio naturaleza-cultura al inconsciente.

En 1897, en una carta a Fliess, Freud entiende que la cultura consiste en una “renuncia progresista”. Su tesis plantea que la moral sexual cultural conduce indefectiblemente a un menoscabo de la salud y la capacidad vital de las personas.

En 1908, en *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, Freud discute dicha pugna entre cultura y vida pulsional, argumentando que las restricciones asignadas por la civilización se presentan, aún como algo impuesto desde afuera.

Años posteriores, con la elaboración de la teoría de las “pulsiones de muerte”, estas restricciones ya no ocuparían el mismo lugar, deviniendo dichos impedimentos no sólo desde “afuera” o el Otro socio-cultural, sino también desde el propio yo del sujeto.

El malestar de la cultura, en palabras de Teresa de Lauretis, reside en una “paradoja fundamental”:

(...) las instituciones de la sociedad civil, la familia, la educación laica y la religión tienen el propósito de frenar o contener lo sexual y de canalizarlo hacia el vínculo social y el bien común (...) La paradoja es que el refreno de lo sexual, lo que Freud llamó represión, también produce la sexualidad como algo más que sexo, como síntoma, compulsión, agresión. Freud, además, mostró cómo el yo lleva a cabo la represión psíquica de manera más eficiente que el Estado lleva a cabo la represión política (2016:114).

El psicoanálisis deja de pensar a la sexualidad desde el binomio naturaleza-cultura, ya que el inconsciente no refiere al orden biológico ni social o cultural. A partir de dicho desplazamiento, el inconsciente debe ser concebido como signo del desencuentro o del fracaso del encuentro entre lo biológico y lo cultural. El descubrimiento de Freud nos permite comprender el fallido de la(s) identidad(es), ya que los sujetos revelan una y otra vez la discontinuidad de la vida psíquica, lo cual significa que no existe, “ninguna estabilidad de la identidad sexual”. Dicho fracaso, vale aclarar, no significa “una incapacidad especial o una desviación individual de la norma”, tal como lo argumenta Jacqueline Rose citada en el texto de Judith Butler (2001:110).

Notas finales

⁵Carta disponible en <http://www.cartapsi.org/spip.php?article233>

Consideramos que estos pasajes realizados por Freud a lo largo de su obra son trazos, esbozos posibles en la actualidad de leerse en términos queer, los cuales han posibilitado un intercambio fecundo y potencial entre el psicoanálisis y la teoría queer.

No hay duda de que en la obra de Freud, su giro epistémico tuvo un carácter ambivalente. En este sentido oscilante, Freud, a la par de producir una serie de rupturas, vemos también cómo su escritura se adecúa -por momentos- a las coordenadas socio-históricas de su época. Así, el creador del psicoanálisis, a la par de dar cuentas de una sexualidad pulsional, intenta ordenarla en un desarrollo “psicosexual” conformado en distintas fases, las cuales deberían culminar en la consumación del acto sexual genital “normal”.

De esta manera, consideramos importante resaltar que la lectura de la obra de Freud permite hacer más de una interpretación.

El psicoanálisis en la obra de su fundador presenta muchos puntos ambiguos, enigmáticos y contradictorios. Son estos problemas no resueltos los que justifican el interés que los textos freudianos siguen suscitando y los que han dado lugar, precisamente, al desarrollo de una cantidad considerable de perspectivas o secuelas diferentes, que sin embargo, no dejan de reivindicar su pertenencia al campo psicoanalítico (Flax; 1995:7,8).

No desconocemos la otra letra freudiana de carácter normativista, en coherencia con los principios de la dominación masculina y el orden heterosexista de la época del fundador del psicoanálisis, sin olvidar además sus pretensiones científicas.

Desde sus comienzos, la teoría queer, ha criticado a la teoría psicoanalítica basándose en los trabajos realizados en los años 70 por el movimiento feminista y el movimiento lesbiano, que cuestionaban el heterocentrismo existente en la obra de Freud.

Aquí, cabe señalar, que cuando decimos psicoanálisis como teoría queer, ambos discursos engloban un conjunto de teorías y de autores. Sin lugar a dudas, en la actualidad, entre los psicoanalistas, hay a su vez distintas líneas teóricas y en consecuencia, diferentes modos de llevar a cabo la práctica clínica. Hasta no hace mucho tiempo, para algunos psicoanalistas, no tener relaciones con penetración genital, era considerado algo problemático. No deja de sorprender esta posición, cuando ya Freud la cuestionara en 1905.

Después de Freud, el psicoanálisis ha tomado diferentes caminos por los cuales, en algunos casos se han reforzado los aspectos naturalizadores y biologicistas de la teoría freudiana, reintegrando el psicoanálisis en el esquema discursivo de los dispositivos de normalización de la sexualidad. En otros casos, la ambivalencia se ha mantenido; en otros, se ha tensado a Freud hacia sus aportaciones más rupturistas (Córdoba García; 2007:27).

Si bien sabemos que los horizontes onto-epistemológicos de la teoría freudiana y aquel que da origen a la teoría queer son disímiles, indagar algunos trazos queer en este caso, en el texto freudiano nos parece una idea posibilitante. Pensadoras queer como Teresa de Lauretis, adhieren e incorporan a sus teorías la letra más revolucionaria de la teoría freudiana, las cuales hicieron estallar la sexualidad victoriana de principios del siglo 20.

Si la primera contribución de Freud a la epistemología moderna es el concepto de inconsciente (...), la segunda debe ser el de sexualidad infantil, o sea, una sexualidad de pulsiones parciales, polimorfa, auto-erótica, no reproductiva y sin normas. (...) A diferencia de la psiquiatría, al psicoanálisis no le atañe lo normal, la normalidad sexual. Al contrario, para Freud, la sexualidad es la dimensión más compleja de la vida humana, que va desde la

perversión a la neurosis y hasta la sublimación; es compulsiva, no contingente e incurable (2016:110).

En virtud de las propuestas de la teoría queer, es posible pensar el género desde un punto de vista crítico, cuyas consecuencias atraviesan la condición de la propia metafísica occidental y colocan sobre la mesa académica formas nuevas de entender lo humano. Si esto es así, es importante señalar qué consecuencias puede tener la teoría queer en la práctica, aplicando la teoría psicoanalítica.

Esta ponencia es la ocasión de pensar y revisar ¿qué psicoanálisis practicamos? ¿Qué le podría ofrecer el psicoanálisis a la teoría queer y viceversa? Sabemos por Teresa de Lauretis que:

Con el psicoanálisis, la teoría queer podría ampliar su gama de preocupaciones a todas las formas de comportamiento sexual; no para clasificar o tipificar como delito, no para “proteger a la sociedad” o para apuntalar vínculos sociales, sino para entender sus condiciones de posibilidad (2016:111).

Es importante recordar que la “identidad”, para el psicoanálisis es frágil e inestable y se constituye en el sujeto a modo de suplemento. Por lo que nos preguntamos si ¿tiene sentido para el psicoanálisis continuar hablando de “homosexualidad” o de “heterosexualidad”, o de cualquier “identidad” que refiera a una práctica sexual?

Bibliografía

Freud, Sigmund. (1905[1978]) Tres ensayos de teoría sexual. Obras Completas. Volumen VII, Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.

(1908 [1979]) La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. O. C. Volumen IX. Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.

(1914 [1979]) Introducción del narcisismo. O. C. Volumen XIV, Amorrortu. Buenos Aires.

(1915 [1979]) Trabajo sobre Metapsicología, O. C., V. XIV, Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.

-Pulsiones y destinos de pulsión.

(1938-1940 [1980]) Esquema del psicoanálisis. O. C. Volumen XXII., Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.

De Lauretis, Teresa. Género y teoría queer disponible en la web al 8 de julio 2016. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/mora/article/view/2402/2062>

Moliner, María (1998) Diccionario del uso del español. Ed. Gredos. S.A. Madrid. España.

Saéz, Javier (2004) Teoría Queer y psicoanálisis. Ed. Síntesis. S.A. Madrid. España.

Laplanche, Jean. Pontalis, Jean Bertrand (1996) Diccionario de Psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires.

Acunzos, Roxana. Ruíz, Sandra. (1995) Aproximación al estatuto de cuerpo en la teoría psicoanalítica. Tesis de grado de licenciatura en Psicología. Universidad Nacional de Córdoba.

Flax, Jane (1995 [1990]) *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Editorial Cátedra. Madrid.

Butler, Judith (2001) *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Editorial Cátedra. Madrid.

Córdoba, David, Sáez, Javier y Vidarte, Paco (2007) *Teoría queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Editorial Egales S.L. Madrid.